

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 89

*Dossier: La Literatura de Resistencia a la
Violencia Urbana, Coordinan, María Rosa Lojo y
Marcela Crespo Buiturón*

Article 12

2019

Jardines en el aire

Julio Ortega

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Ortega, Julio (April 2019) "Jardines en el aire," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 89, Article 12.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss89/12>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

JARDINES EN EL AIRE

Julio Ortega
Brown University

Beatrice Esteve nació en Salvador, en el estado de Bahía, Brasil. Sus padres eran ciudadanos suizos, aunque el padre había nacido también en Brasil. Sus estudios los hizo en portugués e inglés, y fue luego estudiante de la Escuela de Intérpretes y Traductores de la Universidad de Ginebra, cuya tradición de Humanismo internacional (dudo que haya otro) alegorizó con elocuencia el grande George Steiner. Ella y su esposo, José Antonio Esteve, nacido en Barcelona, de padre norteamericano, quien en 1948 estaba ya en Sao Paulo dedicado al negocio familiar del café, decidieron, deportivamente, producir óperas en su casa de Sao Paulo, aunque pronto pasaron a auspiciar su producción por los elencos de teatro. Más tarde, optaron por el patronazgo de sus centros de arte favoritos. Los Esteve, se diría, han ejercido un amor al arte pleno y fecundo.

Bien visto, no es casual que Brasil haya tenido siempre un gusto por las varias escuelas de ópera, cuya virtud no está en el argumento (resumido, como dice alguien, en una línea: “Te amo, pero en el cuarto acto tendré que matarte”), sino en la emoción lírica, y en la calidad vocálica de los afectos. No en vano, la metáfora de un elenco de ópera en gira por la selva amazónica, es una alegoría nacional.

Pareja de viajeros ilustrados, he encontrado a Bea y Pepe en las reuniones anuales del Foro Iberoamericano y hemos compartido, con humor y gusto, el color local.

La revista INTI, que publica Providence College y dirige el profesor ítalo-argentino Roger Carmosino, acogió las primeras crónicas de viaje de Beatrice, entre festivales de arte y temporadas de música. La primera crónica, reveladoramente, estuvo dedicada al artista Carybé (1911-

1977), cuya pintura bahiana la remontó a la Bahía de los años cincuenta. Esos paneles en proceso de restauración avivaron su memoria y, novelescamente, lo que empezó como recuerdos se impuso como una saga. Los intelectuales y los artistas habían sido seguidores del Candomblé, la religión de origen africano, que postula un culto del amor fraterno, y cuya relación con el Dios creador requiere de un panteón de mediadores. De esos artistas, nos dice, apreciaba más la obra de Carybé, quien nació en Argentina pero se había mudado muy joven a Bahía, donde tocaba el tamborín en el combo de Carmen Miranda. En los años 50, Carybé ganó el concurso de murales para el aeropuerto de Idelwild, en Nueva York. Sus representaciones icónicas de la vida bahiana, restauradas por fin en 2009, pueden verse en la Terminal Sur del aeropuerto County Dade en Miami. Esta alegoría sumaba a Italia, Bahía, Nueva York, y Miami en el “no-lugar” por excelencia: un aeropuerto; y no cualquiera, sino uno donde las migraciones tocan a las puertas para hacerse un lugar en la nada.

Su primer libro, *Trancoso Treasure* (2017) es una celebración de la cultura familiar, la memoria de la casa, y el fuego del hogar. Reconstruir la mesa familiar al calor de los nombres, es su hospitalario proyecto.

Las prosas y recuentos de *Gardens in the air* (Ilustraciones de Félix von Planta, fotografías de Flávio Morbach Portella. Madrid, Ediciones del Centro, 2018) utilizan el formato de la viñeta, en la cual se cristaliza el tránsito y la transición. Esto es, reconocemos la huella intensa de nuestro paso en esos campos de la mirada que nos incluyen. Estos jardines salvados al tiempo en fuga, tienen la gracia pródiga que la naturaleza cultiva. Son, por ello, una guía de reconocimientos que, al modo de los manuales de contemplación, nos ayudan a recordar el tramo de paisaje que nos ha tocado, a cada quien el suyo, a lo largo de la ruta que nos define. Leyendo estas celebraciones, recordamos que, en efecto, las flores disfrutaban de varias vidas: en el lenguaje con exaltación, en la pintura con placer, y en la fotografía con veracidad. En estas simetrías de la palabra escrita y transpuesta, este libro nace del taller manual del Centro de Arte Moderno, que conducen en Madrid los editores y curadores argentinos Claudio Pérez Miguez y Raúl Manrique Girón, como si brotara del florilegio de la tipografía.

Frutos del camino y epifanías de la mirada, estas estampas han sido escritas entre pausas del viaje. Se trata de secuencias y testimonios de varia invención que recuerdan al poema en prosa, a la elocuencia de su visión. El libro postula un jardín en construcción, dialogado, mundano y civil. El diálogo, sugiere, es un posicionamiento entre jardines, y de uno u otro modo, todos intercambiamos noticias sobre el jardín perdido.

Por lo mismo, este libro es una declaración de principios. Nos dice, primero, que los jardines son una epifanía terrestre. Y, luego, que hay

un jardín que nos ha tocado cultivar. Esa promesa la renuevan la luz del día y la mirada. La jardinería, en efecto, es una formidable metáfora sobre el fecundo misterio de mirar ahora y aquí. Es un arte del instante retenido en un nombre. Las flores, después de todo, son la imagen de una demorada duración fugaz. Este libro nos permite sospechar que somos metáforas del jardín de otro Jardinero. Como las flores, las palabras son otro sistema luminoso que reorganiza al lenguaje. Jardín del tiempo, el libro posee claridad propia, luz interior y nitidez visual. Bien visto, todo jardín postula otro jardín. Y podríamos intercambiar memorias y olvidos de los jardines que auscultamos entre una y otra posada del camino. Si Cervantes hubiera escrito: “En un jardín de la La Mancha...,” su héroe se habría ahorrado las palizas.